***Humberto, gracias mil por la invitación a jalarle a la lúdica en Caldas. Está de rechupete. Si tienes trompos "zangarrietas" que no "pescoleen", me guardas uno. Ah, y guárdame un trompo de los que daban los miletes. O el que los recibía. Espero que trepar a la vara de premio a los pornográficos 69 años no vaya ser peligroso para mi salud. No me pierdo la vuelta a Colombia, perdón, a Caldas con tapas de gaseosa. Y si son de Kol-cana, mejor. Entre los juegos no veo los zancos por parte alguna. Zancos que construimos del palo de escoba jubilada y con unos cuadritos (triángulos) que nos regalaban en alguna carpintería. Porque los juguetes, en su gran mayoría eran hechizos, fabricados por la chinchamenta. En tierra dibujábamos una especie de golosa, en tiza, que llenábamos con números en los distintos cuadros: íbamos tirando la moneda y sumando puntos. Que no falten las bolas o canicas, sobre toda las llamadas bogotanas. Los que embutían, o sea, acercaban mucho la bola suya a la del contrincante, era mal vistos. Que no falten los escondiditos. Y correr la vuelta a la manzana. Un arrancaba por un lado y el otro por el otro. En Aranjuez, donde teníamos estos juegos, siempre me ganaba Oscar Bonilla. Los ocios se llenaban también jugando chumbimbas al arroyuelo. Era del carajo. El año valía la pena por la llegada de los vientos de agosto. Las cometas las construíamos con varillas cogidas en el puente del Mico. Todavía recuerdo que un tío me reventó el hilo de un Papagayo. Todavía lloro su pérdida. Ni mencionar el fútbol que terminaba a pedrea ventiada. Cogíamos guscas no sé dónde, le untábamos manteca, creo, y los que se deslizan en alguna falda. Como no nos perdíamos película del oeste todos éramos john wayne: las pistolas de madera para jugar a los vaqueros las fabricábamos nosotros mismo. Si Miguel Ángel convertía el mármol en davides o en moiseses (?¡) por que un pedazo de madera no podía reencarnar en una inofensiva pistola. Personalmente me impactaba ver que un actor que moría en una película después aparecía echando bala en otra. Jugábamos a ser hombres invisibles y lo lográbamos a voluntad: si en las películas que veíamos como miembros de la aristocracia de gallinero a gente desaparecía, por qué uno no? Al tranvía lo utilizábamos para que nos aplanara las tapas de gaseosas para hacer yo-yos. El hilo respectivo era robado de la máquina Singer de la mamá (en casa conservamos esa máquina. Palabra que sí). Robar mangos era un deporte. Si no eran robados, no sabían rico. Otro pasatiempo que no había que bajar con horqueta de ningún internet consistí en ir a Quintapelayos a saltar charcos. De pronto, regresábamos con una pata mala pero esa hacía parte del oficio de chingas o masas, como nos decían a los "anticristos de la calle", como les dicen en Brasil a los chinches. Bueno, el catapiz se lo dejábamos a ellas. Pero la pisingaña (jugaremos a la araña) era un juego unisex. La materia prima eran las manos y un objeto que alguien dejaba en una mano. había que adivinar quién  tenía el objeto. Tocar el timbre de las casas y salir corriendo cien metros planos también figuraba en la agenda de los menudos. En casa nos daban raciones semanales de uno o dos centavos: pues bien, las jugábamos al que adivinara la fecha de acuñación de las monedas. No conocíamos la voz acuñación ni por el forro. Vivíamos sin un mundo de palabras.  Nos dábamos en la jeta cuando la razón estaba de parte de los dos contendientes. Para ver televisión, que era otro juego, bastaba con un ladrillo: aquel en el que nos subíamos para mirar programas a través de las ventanas. Los más afortunados teníamos entrada a la casa del rico de la cuadra que nos permitía ingresar a la sala. Todos en silencio. Que no falte el cinemanga que nos alcahueteaba el padre Barrientos. En los besos de las parejas aparecían las manos de don Pedro, el sacristán, que también era el proyectorista. Jugábamos chucha. La ropa de Jane, la mujer de Tárzan (con tilde en la) nos subía la bilirrubina sexual. En épocas de invierno el plan era salir a chapucear en los charcos. Hacíamos mandados para financiarnos el matinal del domingo y para alquilas revistas de aventuras. También alquilábamos bicicletas. "Sale a las "si veinte", decía el dueño del taller.***